

CELCIT. Dramática Latinoamericana 442

TRÍPTICO DEL TEATRO ARGENTINO

Patricia Zangaro (Argentina)

El Tríptico del Teatro Argentino es una indagación dramática sobre los orígenes del teatro nacional, que fue concebida para el ciclo “Teatro x la Identidad” y que contiene tres textos breves: El vuelo del cóndor (a partir de la figura de Pablo Podestá), Etiqueta extranjera (a partir de Sofía Bozán) y El último verso (a partir de Armando Discépolo)

El último verso se estrenó el 1º de agosto de 2010 en el Teatro Nacional Cervantes, con la actuación de Daniel Fanego, iluminación de Leandra Rodríguez, asistencia de dirección de Iván Balsa y Gabriela Ram, música en vivo de Mirko Mescia y dirección de Pompeyo Audivert.

El vuelo del cóndor se estrenó en la misma sala, el 24 de agosto de 2012, con la actuación de Daniel y Manuel Fanego, iluminación de Leandra Rodríguez, asistencia de dirección de Iván Balsa y Gabriela Ram, vestuario de Mini Zuccheri, música en vivo de Mirko Mescia y dirección de Pompeyo Audivert.

1. EL VUELO DEL CÓNDOR

*Si no hubiéramos abominado
inconsultamente del circo, si no hubiéramos anhelado la magnificación de
nuestras obras cambiando los sitios de acción, la pista y el tabladito, por el
proscenio tradicional, hoy tendríamos las formas de representación
dramáticas más originales del mundo.*

Enrique García Velloso, homenaje a José Podestá, 25 de junio de 1925

PERSONAJES: M (1) / F (0):

PABLO

PABLO

Es el ruido de un taladro. En mi cabeza. Estoy solo. Frente al público. He hablado. Y ahora hago silencio. “Y cuando ese disgraciao, cuando ese viejo Zoilo, cansao, deshecho, inútil pa’ todo, sin una esperanza, loco de vergüenza y de sufrimientos, resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de vida, todos corren a atajarlo. ¡No se mate, que la vida es güena! ¿Güena pa qué?”*... El Aniceto ha querido atajarme. Me ha quitado el cuchillo. Y ha salido de escena. Estoy solo. La luz de las candilejas me enceguece. Siento la respiración del público. En la oscuridad. Entonces camino hasta el rancho. Acaricio la cama de mi hija muerta. Un instante. Eterno. Voy hasta el barril. Lleno un jarro de agua. Quiero beberlo de un trago. Pero el jarro se cae. Hay un estrépito al chocar el metal contra el suelo. Y un sobresalto del público. Me limpio la comisura de los labios, y miro el alero... ¿Qué día es hoy? Corre el mes de julio de 1919 y estamos en Rosario. Hay sangre en las calles. Un caballo arrastra a un viejo por el empedrado, y los cascos le destrozan los sesos. La Liga Patriótica salió a cazar judíos por el Once. “¡Muerte al anarquismo!” - gritan. Y apalean a una mujer y a un niño. Enero es trágico. ¿Qué día es hoy? Miro el alero. Es julio. Y estamos en Rosario. Un ruido de taladro en la sien. Me quedé solo en la escena. Los presiento entre bastidores. Se han asomado a espiar. Actores y tramoyistas. Murmuran en la penumbra. “¿Qué le pasa a Pablo?” Miro el alero. “¿Por qué no habla?” Nunca han sabido valorar el silencio. “Se ha cansado de repetir palabras cuyo significado se le escapa” - dirá de mi mutismo un crítico de La Nación. “¿Qué se puede esperar de un Podestá? Analfabetos. Pruebistas. Payasos.” Yo hubiera querido hacer un personaje que no hablase. Que estremeciese el oído con el dolor de su silencio. Como la cuerda del violoncello cuando mis dedos la rozan. ¿Por qué no calla el taladro en mi cabeza? Miro el alero. Y echo el lazo. No hay red. Desde lo alto del columpio veo el picadero en sombra. Mis hermanos esperan, quietos, en el vacío. El vuelo de los cóndores. Dobles trapecios volantes. José da el grito de mando. Y yo me precipito. Y doy uno. Y otro. Tres saltos mortales hasta alargar los brazos. José, ¿estás ahí? Hay sangre en las veredas. Trabajan de sol a sol por un salario de hambre. Y si van a la huelga los masacran. Soy un cóndor. Voy a caer como un rayo sobre los milicos que ahogan la manifestación. Y cuando sea presidente de la República van a llover billetes en los conventillos del centro. Y todo el mundo al teatro. Aunque llueva. ¿Seguís ahí, José? No me sueltes, hermano, que la obra no terminó. Estoy en el Olimpo de Rosario. Eché el lazo, y hay suspenso en la platea. “¿Qué le pasa a Pablo? ¿Por qué no habla? Esa pausa da frío.” Los intuyo detrás de los telones. Me acechan. Igual que a un loco. Como cuando degollaba a Mariano Bosch en aquel otro drama de Sánchez. Saltaba, fiero como tigre, para cortarle el pescuezo. Y mientras el público corría hasta el proscenio para impedirlo, Mariano me miraba espantado. “¿Qué ocurre?” “Vos morite” - le ladraba, “después te explico”. Me vigilan. Cuarenta años compartiendo el escenario y la mesa. Aguaceros y fangales en giras de provincia. Aplausos. Derrotas. Y a mí, que soy su misma carne, me miran raro. ¿Qué malician? ¿Que el chancro que me roe me carcoma el sentido? ¡El ruido me trepana la cabeza! Tres saltos mortales. No tiembles, José. Si caigo al vacío, me levanto. Con las alas rotas. Y el pico feroz. Como el cóndor. Grazno. “Ruda la voz y el ademán violento, Pablo no conoce las sutilezas de la emoción”. Parlotean sus reproches los cronistas. Y ahora, que quiero callar, me apuran para que hable. Miro el alero. Eché el lazo. “No se mate, que la vida es güena. ¿Güena pa’

qué?” No hay voz que pueda hablar la pena del viejo Zoilo. Vibro. Como el violoncello. Vibro. Pero no es música lo que brota de mis cuerdas. Grazno. Es hora de hacer silencio. De enmudecer, como el cinematógrafo, y ganarle la partida. Nos echó del Apolo. Del Argentino. Del Teatro Nuevo. El cine llenó las salas con sus fantoches callados. Y nosotros, José, como una vez hablamos en el circo, ahora tenemos que hacer mutis. ¿Qué día es hoy? Corre el año 1919. Hay sangre en la vereda. Pero mañana mismo compro el Cervantes. Y volvemos a la pantomima. El pueblo va a llenar los teatros. Y si no vienen por lluvia, voy a techar Buenos Aires. Se lo dije a Gardel la otra noche en el Empire. Dos gotas y se inunda la capital. Hay que techarla, para bien de los artistas. El taladro me enloquece. Es julio, y estamos en Rosario. Miro el alero. “¿Por qué Pablo no habla?” Eché el lazo. Pero se enganchó. En el nido de un hornero. Y el viejo Zoilo, en lugar de ahorcarse, forcejea para voltear el nido. Ese momento sin palabras hace llorar a las piedras. Es la cuerda del violoncello que canta. Déjenme tirar del lazo, como Zoilo. No apresuren el final. Esperen como el público en lo oscuro. Que sabe que la pausa de Zoilo es su agonía. Y le ofrenda su silencio respetuoso. Chilla el taladro en mi cerebro. ¡Insolente, sinvergüenza! ¿No ve que estoy actuando? Ya vendrán los versos del autor. A ponerle letra al desenlace. ¿Por qué me azuzan detrás de los telones? Este segundo es mío. Me desangro. Como el toro. Pronto borrarán mi rastro de la arena. “Un instante no basta para dar patente de actor a nadie”. Cacarea un columnista. “Reciente es el recuerdo de la interpretación del gran Zacconi.” “El entusiasmo del público por Pablo es exagerado”. “Analfabetos. Forzudos sin escuela”. ¿Estás ahí, José? El chillido me ensordece. Miro el alero. Voy a arrojarme. Vibra el violoncello en el vacío. Gardel canta una estrofa de “Amargura”. El teatro está colmado. Diluvia afuera. Pero hice techar el centro. “Yo más infeliz que el ave, / más infeliz que rosal. / No hallo remedio a mi mal / pues nadie curarlo sabe...”** El chancro me roe. Voy a arrojarme, José. El lazo aguanta. El viejo Zoilo se lo ha anudado al cuello. Corre el mes de julio de 1919. Soy presidente de la Nación. El pueblo aguarda en la platea. Se oye la voz de mando de Gardel. Callan entre bastidores. Silencio en las butacas. Llueven billetes sobre la multitud. Estoy vibrando. Bajá los brazos, José. Hay que soltar la cuerda. Ahí voy...

FIN

* Última escena de *Barranca abajo* de Florencio Sánchez.

** Versos de *Amargura*, estilo de Andrés Cepeda, con música de Gardel y Razzano, grabado en 1917 para el sello Odeón.

2. EL ÚLTIMO VERSO

La verdad en el arte es la identidad de la cosa consigo misma.
(Oscar Wilde, *De*

profundis)

De austero traje y corbata, sentado, casi inmóvil, en un sillón de cuero oscuro, EL VIEJO mira hacia adelante detrás de sus anteojos.

PERSONAJES: M (1) / F (0):
EL VIEJO

EL VIEJO

Son las 20.30 horas del 8 de enero de 1971. Aquí, en mi casa de la calle Paraguay, me estoy muriendo. Aída, a mi lado, calla. No habrá flores en el cortejo. Nunca me gustó la ostentación. Por eso parto en el verano. Los actores descansan, o trabajan en la costa. No tendrán que molestarse en venir. Tal vez hable Guibourg en el entierro. Y me prodigue el elogio que mezquinó durante años. O quizás alguien anuncie que me rendirán honores póstumos estrenando al fin *Cremona* en el Teatro San Martín. “El mejor homenaje que se podría haber hecho a Armando Discépolo hubiera sido no representar jamás esta versión” dirá más tarde la revista *Panorama*. Afortunadamente, la muerte me ahorrará la lectura de las críticas. Escribí *Cremona* hace cuarenta años. Fue en la isla de Ischia, frente a la bahía de *Napoli*. El Vesubio hiende el cielo y espeja su negrura en el mar. Si no fuera por su sombra, aquel rincón sería el paraíso. Y usted no hubiera zarpado nunca, viejo. Para olvidar su amenaza en el confín austral. “¿Un verso, *figlio*?” No, viejo. El canto se perdió. Y nunca supe qué hacer con el dolor que me sobraba. Son las 20.30. Aída acaba de abrir la ventana y el calor me muerde los huesos. Una radio transmite un partido. El relator grita el cuarto gol de Francia. Un hombre, en algún balcón cercano, llora. Haga el favor, es un amistoso. Me estoy muriendo, y preferiría oírlo reír. 8 de enero. Él también murió cerca de las Fiestas. El partiquino. Hace veinte años que me espera. “Su hermano lo llama, *figlio*”. Sí, viejo, estoy llegando. Siento una gran fatiga. Será un alivio retirarme de la escena. Los actores están llenos de preguntas, y yo no tengo nada que decir. Hubo un tiempo, hace mucho, en el que escribí alguna página que tenía sentido. Podía entonces filosofar en el café o estirar hasta el alba una sobremesa en El Tropezón sin que me carcomiera el reproche del verso postergado. Fue en 1934. La última vez. Después se paró el reloj. Y el verso empezó a corroerme, como un cáncer, hasta este silencio final. “No se queje, Discépolo”, me increpó el director del San Martín después de la cuarta postergación del estreno de *Cremona*. “Este año usted va a montar un Pirandello en el Cervantes. ¿Qué más quiere?”. Tenía razón. Conocí todos los triunfos. Dirigí desde Eichelbaum hasta Chéjov, y aunque no supe cómo hacerlo, me atreví con los yambos de Shakespeare. Pero es mi voz la que ha callado. Me falta el aire. Aída me ha puesto un paño frío en la cabeza. El sonido de la radio trae ahora las noticias. Una insurgencia

creciente y rumores de un nuevo golpe de Estado. La miseria y la injusticia me aúllan al oído. Como entonces gemía el inmigrante su mudo sufrimiento. Y yo, que lo oí llorar su desarraigo, que respiré el aire hacinado de sus conventillos, que conocí el hambre en los ojos flacos de su prole, escribía. “¿Tanto dolor por un verso, *figlio?*” Sí, viejo. La vida cabe en un verso. Pero hay que escribirlo. Aída intenta sin éxito quitarme los anteojos. Se aferran a mis orejas como si en esta hora sirvieran para algo. Igual que mis obras. Que siguen vivas, pero inútiles en este enterratorio del teatro argentino. “Yo tendía a que nuestro teatro fuera universal pero procurando que tuviese una esencia nacional, con los problemas nuestros, los grandes problemas de nuestra sociedad, porque si nuestro teatro estaba en formación, el país estaba, y sigue estando, en formación”. Ya sé, viejo, que esas palabras ampulosas no son mías. Les falta el laconismo de mis frases trucas. Las pronunciará algún día Guibourg, quien jamás me incluyó en el “canon” de ese teatro que buscaba. “No ladres, hermano”, me diría el partiquino. “Te han hecho a un lado, lo mismo que a mí”. Quizá este destino de soledad e incomprensión nos una en la muerte como nos enfrentó mientras vivimos. Final lacrimoso. No quisiera terminar plagiando un tango. Y dar razón a la calumnia que urdieron en mi contra. ¿Cómo pudieron sospechar que era él quien escribía mis cuartillas? Si fui yo quien lo llevó de partiquino a actor. Si fui yo quien guió sus primeros trazos hasta que tropezó poniéndole letra a la voz de esa mujer. Tendría que haberlo enderezado de un sopapo, viejo. Para que no malgastara su talento en los cabarets. Para que no se atrincherara en la radio en defensa de un gobierno que no lo protegió del aislamiento en el que acabó sus días. Igual que usted, don Armando, publicará en unos días un cronista de *Análisis*, “que a los ochenta y tres años se muere tan encerrado como durante las últimas cuatro décadas”. Lástima que nadie intuyera un misterio en mi retiro. Que nadie se inclinara, como ante la ostra que encierra el cosmos y no obstante calla, para auscultar mi silencio. Han preferido conjeturar una infamia o levantar una lápida sobre mi obra. “Mediocre director teatral”, continuará el cronista, “Discípulo ya era un hombre escindido entre su genio pretérito y el frío pedestal académico que póstumamente se le erigió”. El partido parece haber terminado. Sólo se oye la respiración inquieta de Aída. Son las 20.30. Me estoy muriendo. Y el mundo no se borra. ¡Quién pudiera, como la ostra, ignorar cuanto ocurre en torno y no escuchar más que su latido! No habría entonces deshecho mi vida buscando un verso que se resiste. “Persiguiendo la mariposa, *figlio?*”. Sí, viejo, el ideal que nunca se alcanza. Pero no sigamos con este “adagio”. Pongamos un “allegro”, un “andante brioso”. Tanta pena por un verso. Da risa. Y, sin embargo, Aída ha comenzado a rezar. No es momento para un réquiem. Es un final en clave grotesca. Como el de mis criaturas, que he construido con piedad pero riendo, porque al conocer la pequeñez de sus vidas me parecía absurda la enormidad de sus pretensiones. “Pecado de orgullo, *figlio?*”. Sí, viejo, como el partiquino, que terminó solo contra el mundo. No quiero plegarias. No armonizan con la ridiculez del personaje. Que suenen los vientos. La fanfarria de las fiestas populares. El trombón que hacía la cabra en el *piazzale di Napoli*. ¡Qué esperpento! Es posible que de haber llamado así a mis piezas, habrían venerado mi hidalguía en lugar de bastardearme como *tano*. “La crítica no lo entendía. Quería ser representado por los grandes directores modernos. Sus textos son paradigmas para la nueva literatura dramática”, profetizará un día

Guibourg. Aunque no estará hablando de mí, viejo, sino de Valle-Inclán. “No se concibe que se haga *Divinas Palabras* sin Galicia, la Galicia de los pordioseros, de los borrachos, del pequeño pueblo, de los pobrecitos”. Tampoco concebía yo que se pudiera hacer teatro sin la mescolanza de ilusión y desengaño con la que se forjó esta Babilonia. Pero los humildes que habitan mi obra no estaban a la altura del pueblo que soñaban los eruditos. Los pobres de Gorki, como los de Valle, merecieron el respeto que se les negó a mis emigrados. Hablaban el español culto de las traducciones en lugar del cocoliche balbuceante del puerto. Cubrían sus harapos bajo un manto de nieve en vez de exhibir las llagas de una sociedad obstinada en tapar su vergüenza. No olían a puchero rancio en el tranvía. No infestaban como hormigas el centro. Ni turbaban la paz de la gran aldea con sus huelgas. “Destila veneno, *figlio*”. La rabia, viejo, al revés que el vino, se hace vinagre cuando no puede salir a respirar. Se me ha agriado la ira después de cuarenta años de silencio. He dejado de escribir - y estoy diciendo algo que nunca dije - porque nadie ha sabido cómo hacer lo mío. Tampoco las nuevas generaciones, que no reconocen una herencia. Están sumidas en la niebla de la literatura universal. Les importa más la versatilidad que la pasión. Es probable que copiando se edifique un buen teatro, pero será difícil que su silueta se distinga entre la multitud. “Basta de rezongo, *figlio*”. Sí, viejo, hay que beberse el vinagre como si supiera a mosto. Y hacer un final a toda orquesta. Aída llora. Ni siquiera ella ha comprendido. Esto es un grotesco. El arte de convertir en risa el llanto. Como el arlequín que canta y baila para ocultar su corazón lleno de pena. “Ese verso es de su hermano, *figlio*”. Es verdad. Un último fracaso. Toda una vida buscando, para encontrar un verso ajeno. Sólo resta reírse. Es hora de zarpar. De adentrarme en el océano, como la ostra pegada al nácar en la bahía de *Napoli*, y no escuchar sino mi ritmo. Tictac. Tictac. Aída mira el reloj. Son las 20.30. Tictac. Tictac. Clavadas. Telón.

FIN

Nota: “He dejado de escribir para el teatro porque ya no existen las posiciones cabales. Esta generación - y la culpo - ignora quiénes fueron sus padres y sus abuelos. No ha heredado nada. Está sumida en la niebla de la literatura universal. Le importa más la versatilidad que la pasión. No escribo - y estoy diciendo algo que nunca he dicho - porque esta generación no sabe hacer lo mío. Imitando como lo está haciendo, no irá nunca a ninguna parte. Siento la infinita tristeza en que se vive”. (Reportaje a Armando Discépolo de 1960.)

3. ETIQUETA EXTRANJERA

PERSONAJES: M (0) / F (1):

Je suis l' étoile del fobúr... Le dije al franchute, que me miraba, gélido... ¡Qué! ¿He dicho una macana? Del *fobúr*, del rioba, del arrabal... “*L' étoile du tango*” aclaró Gardel, con esa sonrisa mundana que le abre todas las puertas. “*Mademoiselle* Bozán es mi equivalente en mujer”. El franchute hizo una reverencia, me besó la mano y ordenó agrandar mi nombre en la marquesina. ¡La Negra en el *Palace* del Montmartre! ¿Quién me lo va a creer? Ahora que el barco se adentra en el Plata, los días de París parecen un sueño. *L' étoile* del tango cómico, tendría que haber dicho Gardel. Porque eso sí que lo inventé yo. Hay que hacer reír para que te acepten con faldas. Y yo saqué patente de graciosa desde que pisé un escenario. Fue en el Ópera, con mi prima Olinda. “El teatro es cosa e' varón”, me dijo entre bastidores. “Con afinar y mostrar las piernas alcanza pa' *bataclana*. Pero hace falta picardía pa' que te respeten”. Bien lo sabía ella. Que sucumbió al embrujo de Pablo Podestá. Y se tomó el *espiente* al mes de matrimonio. Desde el barco, Buenos Aires parece una aldea. Un puñado de almas que sin mucho empeño podría meterme en el bolsillo. Y sin embargo, cuánto tuve que gastarme las suelas para hacerme un lugar. Me acuerdo de aquella noche en el Tropezón, cuando Discepolín me presentó a su hermano. No me dio tiempo a decirle cuánto admiraba sus obras. Me saludó, con gesto adusto. ¿Usted es la que canta los caprichos de Enrique en el cabaret? ¡El Buenos Aires, el Ópera, el Sarmiento! - estaba por corregirle. ¡El teatro de revista, Armando! ¡Otra que cabaret! Pero me callé. Con esa vergüenza mía, que ni yo misma me entiendo. Porque a todos los *engrupió* mi desenfado. Bailarina, cupletista, *bataclana*. Siempre fui de contramano, y nunca me ahorraron la multa. Si no me han excomulgado, es porque conmigo se divierten. Ni siquiera me he casado. Para no causarles una desilusión. Lo que no saben los *giles* es que no he visitado el altar por no traicionar a mi único amante. El tango. Ningún artista se ha consagrado a lo suyo como la que suscribe. ¡Y todavía tienen el tupé de criticarme! Aura que traigo etiqueta extranjera, vamos a ver si se atreven. La Negra Bozán ha triunfado en París. Y al que no le guste que se aguante. Esa silueta ha de ser la de la Aduana. Más allá la Plaza e' Mayo y ahí nomás, La Prensa. ¿No hacen sonar la sirena, anunciando mi regreso? ¡Qué irán a publicar los copetudos! No pretendo que me *escrachen* en la tapa, pero algún titular en la sección de espectáculos. ¡Como a Maurice Chevalier, la vez que cantó en El Porteño! “Ha vuelto al país la *diseuse* de la revista argentina”. Cuando en París escuché esa palabra, creí que me estaban faltando. “Un momentito, *monsieurs*, que una no irá a misa de siete, pero tiene su decencia.” *Diseuse*. Yo sé que más que cantar digo el tango, como lo siento. No tengo mejor voz que Chevalier, pero tampoco menos corazón. El barco gana la orilla. Y la aldea se agiganta. Como un fantoche, colosal y oscuro. Dicen que el “bigote” Uriburu no ha soltado el rebenque. Y que no hay quien asome el hocico después del toque e' queda. ¡No han de faltarle agallas al que salga e' la cueva pa' venir a oírme cantar! ¡Mi Dios! ¡Qué destino me he agenciado! ¡Pensar que en el *Palace* tuve cartel francés! ¡Y hasta me hicieron debutar en la pantalla! Pero he apostado al

regreso. Y no tengo derecho a queja. Total. Sé andar contra la corriente. Y nunca me detuve, por más que me hayan criticado. Mucho menos ahora. Cuando el barco entra en el puerto. Y traigo etiqueta e' París. ¡Que vengan nomás a decir que me sobran huesos pa' bataclana! ¡Y que me faltan cuerdas pa' cancionista! ¡Que hablo con el público, y dejo pagando a la orquesta! ¡Que subrayo las letras pero descuido el compás! Eso se llama estilo, señores. *Diseuse*, se dice en francés. ¡Vayan aprendiendo los bacanes de la Prensa! ¡Y hagan sonar la sirena para que todos se enteren! Después de triunfar en Europa, llegó la Negra Bozán.

FIN

Patricia Zangaro: patricia.zangaro@gmail.com

*Edición a cargo de Virginia Curet. Correo electrónico: viracuret@gmail.com
Todos los derechos reservados
Buenos Aires. 2017*

*CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar*